

# HERRIZALDE O EL MODERNO PROMETEO

PAULA NOGALES ROMERO

*No: no digas nada.  
Suponer lo que dirá  
tu boca silenciosa  
es oírlo ya.*

Fernando Pessoa

Sabía que él debía de estar leyendo exactamente lo mismo que sus ojos recorrían ahora sin desentrañar del todo el sentido: antes buscaba en las líneas la sombra de sus cejas que los vientres oscuros de las palabras derramadas sobre el papel.

Había una gozosa punzada en el espionaje.

Lo había visto entrar en la librería, con ese aire de eterno muchacho desmañado que tan bien cae a las cincuentonas climatéricas; lo había observado de reojo mientras revolvió los estantes ante la indulgente mirada de la librera, toda montura dorada, cabellos grises, medias de cristal y chaqueta de buen corte. Se había ido ella acercando, como al desgaire, mientras manoseaba el número atrasado de una revista que no pensaba comprar, para escuchar el tono de su voz cuando preguntaba, vacilante, con esa grata timidez de los hombres educados, por el nuevo título de no sé qué poeta —era obvio que hablaba de su propio libro: lo delataba la forma un tanto artificiosa de aclararse la garganta, de inspirar primero para remarcar luego las sílabas del nombre desconocido, con una mezcla ingenua de orgullo y ansiedad disimulados—. La voz masculina llegó a ella enturbiada por el desparpajo de la complaciente encargada, no lo hemos recibido aún, en qué editorial dice usted que está publicado. El hombre quedó indeciso, como desamparado, mientras la librera se atusaba la arquitectura de su peinado y se lamentaba gentilmente de la inepticia de los distribuidores —casi seguro que dijo eso: inepticia—, y entonces ella esquivó hábilmente la mirada del poeta vergonzante que parecía haber perdido el norte por un momento, y que recorría las profusas baldas repletas de libros que no eran el suyo. Las manos del hombre colgaban a lo largo de sus flancos.

La librera pidió disculpas y se alejó a atender a otro cliente. Desde el fondo del recinto llegaba su voz cantarina, finamente modulada, su precisa competencia, el zumbido de un teléfono ultramoderno, otra vez las disculpas. El hombre de aspecto de muchacho

eterno pareció decidir su marcha, acarició con las yemas de los dedos un grueso volumen encuadernado en piel, suspiró quizás. Ella acusó sin proponérselo un agridulce mordisco de angustia, como una piedad pasajera y urgente a un tiempo.

Perdone, ¿preguntaba usted por Herrizalde? La mirada sorprendida, el desconcierto, ¿qué...?, no, no lo he leído, lo siento, no lo conozco. Ahora ella sí suspiró teatral, es una verdadera lástima, nadie lo conoce, nadie lo lee; de hecho, es casi imposible de encontrar. Ante su pequeña sonrisa supo ella que había hecho blanco. El hombre se rascó la nuca con gesto confanzudo de niño recién levantado, qué me va usted a contar. La librera miraba desde la caja registradora la escena con ojos miopes y apacibles. Es increíble la cantidad de gente que uno desconoce, de libros que quizás nos aguardan sólo a nosotros, para revelarnos algo. Aquí sospechó que se había excedido, porque el rostro del hombre mostraba ahora el azaramiento de quien no sabe salir con buen pie de una conversación casual que deviene en embarazosa, sí, sí, claro, tiene usted razón, y la mirada rápida hacia la puerta. Así que Herrizalde no, ¿eh? Pues no, lo lamento, no sé quién es. Qué se le va a hacer, así son las cosas —ella se encogió humorísticamente de hombros preparando ya el oportuno mutis, y añadió: suerte con su libro. Para ella fue una débil victoria que él balbuceara a sus espaldas un lo mismo digo.

Dejó transcurrir más de una semana merodeando asiduamente los alrededores de la librería, mirando distraída los escaparates de las tiendas de moda, tomando café en una terraza cercana parapetada tras un suplemento cultural, con una minuciosidad casi profesional que no dejó de sorprenderla. El sol de invierno brillaba pálido en los toldos de la calle comercial, a veces llegaba a hacer frío. Una tarde que amenazaba lluvia vio acercarse la figura desgarbada del hombre que buscaba un libro. Sintió que todos sus poros le florecían a un tiempo: poros interiores y

recónditos de las complejas circunvoluciones de su cerebro, poros vulgares y epidérmicos de modistilla en la última fila de un cine. A través de la cristalera de la librería vio al hombre repetir las mismas acciones de días antes, ejecutar todos los rituales de su tozuda timidez: hojear libros que nunca iba a comprar, pasear con aire pretendidamente resuelto entre las altas estanterías, cosas así. La librera —el mismo peinado, las mismas gafas, distinta chaqueta— hablaba por teléfono, asentía, y sonreía con amabilidad ubicua no se sabía a quién, si a su interlocutor invisible o al cliente despistado. Los vio intercambiar algunas palabras —ella taponaba el auricular y hacía gestos de ahora mismo lo atiendo— cuando sin pensarlo dos veces hizo lo que llevaba pensando tantos días. Irrumpió en la plácida tienda con verosímil apresuramiento e interrumpió a la señora del teléfono, perdóne, ¿le ha llegado ya el libro de Herrizalde?

Ocurrió justamente lo que ella preveía: la encargada puso cara de maestra de escuela y señaló expresivamente al hombre, que esperaba, sin dejar de hablar por teléfono. Ella fingió descubrirlo entonces, allí de pie como un pasmarote, oh, perdón, no me había dado cuenta, sabes, es que tengo tanta prisa, llevo un día, si tú supieras... Infructuosos resultaron los intentos de forzar una cierta intimidad, del tipo de pues anda que yo, o bien yo por el contrario: una mínima pista de las andanzas de aquel hombre de largos brazos, espigado y patoso como un mozalbete —insensible al tuteo propiciatorio— que parecía surgir de la nada en una patética búsqueda de sí mismo. Sólo alcanzó a recibir una breve sonrisa, una imperceptible inclinación de cabeza que a nada comprometía. Y otra vez la invadió el impulso aparentemente contradictorio de acariciarle muy despacio la hermosa nuca apesadumbrada y abofetearlo sin violencia, como una institutriz al niño que se adormece.

La librera se alzó majestuosa tras su mesa de trabajo y les dirigió, alternativamente, una mirada contemplativa. No, por favor, él estaba primero —posó con estudiada naturalidad su mano sobre la gruesa chaqueta del hombre—, perdona de nuevo, ya sabes, las prisas... Él pareció achicarse en su elevada estatura, como luchando con un pudor inexplicable, no tiene importancia, no tiene importancia, y no se decidía a hacer su pedido ante la mirada fija de las dos mujeres y sus sonrisas intimidatorias, en un naufragio de sí mismo. Se pellizcó las manos grandes, huesudas, se viró un tanto hacia la izquierda, de donde provenía la luz sepia de las primeras farolas del atardecer, y levanta-

tó quizás más de lo estrictamente necesario la voz para oírse decir: ¿ya tienen el libro de Herrizalde? Con hache, se apresuró a apostillar ella, cómplice, por detrás de su hombro.

Las siguientes semanas fueron para ella de una actividad hasta entonces desconocida. Las madrugadas la sorprendían atornillada al teclado, en un estado que conjugaba lo febril con una helada clarividencia que recorría todo su sistema nervioso en una punción dulcemente dolorosa. No descuidaba, sin embargo, la vigilancia más o menos disimulada de la céntrica librería; incluso en algún momento se cruzó con la imponente dueña de aquellos dominios de la palabra escrita. Se saludaban de lejos con una inclinación de cabeza, a veces se detenían juntas en la acera, ¿todavía nada?, no, no tenemos noticias, habrá que tener paciencia, pues sí, lo curioso es que nadie ha oído hablar de ese autor, será posible, como le digo, ¿y nadie más le ha preguntado...?, sólo usted y aquel señor, ¿recuerda?, ¿cuál?, el alto, así como despistado, un señor joven, el que vino un día a buscar un libro de otro desconocido, ah, sí, ya lo recuerdo, por cierto, ¿encontró lo que buscaba de...? ¿cómo se llamaba?, se me ha olvidado, la verdad es que no ha vuelto a preguntar por él, tal vez ni siquiera exista, no sería la primera vez... de hecho no lo he visto más —aquí un vuelco leve del corazón—, bueno, la gente se cansa de buscar, ¿no?, si no encuentra lo que quiere —aquí una mirada rapidísima de inteligencia compartida—, el problema es que hay gente que no sabe lo que quiere, hay que enseñarlos, como a niños, es cierto, no se me había ocurrido, ¿no, querida?, pues así es, se lo aseguro, bien, hasta otro día, buenas tardes.

Llegó al fin la primavera como una mano cálida que acariciase el lomo perezoso de la ciudad. La terraza del café ya no resultaba inhóspita. La gente caminaba desenvuelta por las calles adyacentes luciendo el colorido suave de la época. Las sombrillas poblaron el bulevar. Ella saboreaba un café helado, el primero de la temporada, sintiendo el efecto estimulante de la bebida llenarla de una ingenua plenitud, como si quisiera contrarrestar tan fácilmente las profundas ojeras que previamente había disimulado con un ligero maquillaje. Atrás quedaban las noches en blanco ante la pantalla hormigueante, las alocadas carreras diurnas acosando a conocidos de amigos de parientes que poseían una modesta pero a todas luces digna imprenta de las que nunca se ven desbordadas por los encargos. Ahora también ella vestía colores sedantes y tiernos, extendía las piernas como una gata cómoda más

allá del hongo de sombra del quitasol. Esperaba. Un día lo vio pasar. Cruzó las piernas y las recogió, muy juntas, apretándolas fuertemente. El hombre siguió de largo; ya no balanceaba sus brazos de frankenstein adolescente; llevaba las manos en los bolsillos y un cierto aire de determinación que le sentaba como un traje prestado; incluso le pareció que silbaba. Cuando ya llegaba a la esquina se detuvo, se rascó la cabeza, titubeante, como si recordara de pronto un recado olvidado, y retrocedió hasta el escaparate de la librería. Al poco rato salió de la misma con un minúsculo paquete en las manos y un cierto aire de perplejidad.

La noche líquida se remansaba por las esquinas, absorbiendo y acunando la ciudad entera. Y ella se dejaba mecer en aquella tibieza, mientras se fundía en el texto que tenía ante sí, en los vocablos que reverberaban en su mente con una voz nueva pero no desconocida.

Instalada otra vez en la madrugada, leía ahora las palabras que, sabía, él estaba descifrando. Su vista resbalaba sobre las páginas manchadas como por patas de insecto; iba más allá de la ventana entornada, hacia el punto desconocido donde él tendría, quizá, que releer un verso varias veces con tenacidad de estudiante. Podía ver incluso los labios de aquella boca generosa curvados en un silabeo infantil; compartía su asombro de una punta a otra de la ciudad, en virtud de un puente invisible laboriosamente edificado.

Quizá el hombre de la librería frunció el ceño ante un adjetivo inesperado, el mismo que aun a ella

sorprendió en el momento justo de formularlo. Tal vez lo digiriese lentamente, con prevención primero, como si se tratase de un fruto emponzoñado; con deleitosa fruición de propietario después. Se erguiría un tanto sobresaltado —a ella le complacía imaginarlo así: recostado blandamente en la cama, sus largas piernas ovilladas bajo la sábana revuelta— al leer por vez primera las metáforas que inmediatamente reconocería como suyas, que pasarían a ser suyas para siempre, colonizando el espacio de las imágenes nebulosas que un día él mismo creara, condenadas ya al olvido. Poco a poco se crecería en el lecho, se henchiría con los colores de los sonidos escritos, paladeando las palabras, sintiéndolas madurar en su boca, madurando él también sin saberlo —su mandíbula indecisa ya firme, la mirada de chico perdido ahora serena en la reflexión—, mientras ella, sola, lejos, se iba dejando ganar por un dulce vacío.

Allí estaba Herrizalde, por fin, poco antes nada pero ya nunca más humo, creado -¿creada?- por ella en largas noches morosas, en un arduo parto efectuado con mimo exquisito y desgarró entre tazas de café y colillas humeantes. Sobre el papel, un offset barato, se desplegaba, ajena, la rosa hermética de su verbo. Cada página construía desde dentro la criatura, su criatura: la lúcida alucinación que daba volumen y entidad a un fantasma innominado, rellenando definitivamente el hueco perfil del perdedor, del hombre con aspecto de muchacho eterno que se buscaba en un estante de nombres ajenos. 